

CAPÍTULO XVIII

La razón y la Transubstanciación.

1. El corazón de Jesús, imán de nuestros corazones.—2. Símil de la piedra imanada.

EL corazón sacratísimo de Jesús en el Sacramento de su amor es el imán poderoso que atrae á los humanos corazones, y allí, bajo los accidentes eucarísticos, está como dándonos voces para que le consagremos todos los afectos de nuestro espíritu, diciéndonos sin cesar: *Dame, hijo mío, tu corazón.* (Praebe, fili mi, cor tuum mihi.) (Prov., XXIII, 26.) Pero, cosa por todo extremo lamentable, ¡hay muchos hombres que ni quieren oír esas voces, ni se prestan á entregar á Jesús su corazón!

A un niño se le atrae con nueces; á una ovejita, con un manojito de hierba; á un perro, con un hueso; á un pez, con un gusanillo prendido en el anzuelo; á una planta, como el heliotropo, con el movimiento del sol; á las ruedecillas de un reloj, con el impulso de la principal...; y nosotros, criaturas racionales, criadas, conservadas, redimidas, santificadas y como deificadas por Jesucristo, resistimos á sus llamamientos amorosos, no hacemos caso de su atractivo divino, no correspondemos á los afectos de su amor, y nos hacemos sordos cuando El, una y muchas veces, nos dice con ternura: *¡Dame, hijo mío, tu corazón!*

2. De la piedra imanada se refiere, y lo muestra la cotidiana experiencia, que por una admirable simpatía atrae al hierro durísimo, ó al acero insensible, adhiriéndole fuertemente á su propia substancia por una fuerza oculta que pudiéramos llamar *atractivo de su naturaleza*... Y nosotros, que tenemos en el corazón de Jesús sacramentado el amor de los amores, el imán de nuestros corazones, el alimento, la salud, la vida, la gracia y la gloria, ¿habremos de permanecer insensibles más que el hierro, sin que nuestra alma, nuestro espíritu y todo nuestro ser se unan íntimamente al corazón divino, contemplándole como anonadado en la Eucaristía y multi-

plicándose, á impulsos de su vehemente amor hacia nosotros, en todas las Hostias consagradas del universo?

Para que nuestra fe se robustezca en este punto; para que los herejes queden confundidos y para que nuestro espíritu se mueva con energía á reverenciar y adorar al divino Corazón en el Misterio eucarístico, intentamos ahora completar la doctrina de la *Transubstanciación*, declarando con sencillez dos cosas:

- 1.^a La presencia simultánea de Jesús en todas las Hostias consagradas.
2.^a Algunos símiles que esclarecen la doctrina católica.

§ I

PRESENCIA REAL DE JESUCRISTO EN TODAS LAS HOSTIAS CONSAGRADAS

3. Doctrina del santo Concilio de Trento sobre la Transubstanciación.—4. El cuerpo de Cristo en el Santísimo Sacramento se multiplica.—5. La razón iluminada con la fe, alcanza la posibilidad de la presencia del cuerpo de Cristo en muchos lugares á la vez.—6. Santo Tomás y Balmes.—7. Deducciones necesarias.

3. Es cosa que maravilla lo que ahora pretendemos declarar. *La sacratísima humanidad de Jesucristo se halla toda entera y simultáneamente en el cielo y sobre la tierra en cada una de las Hostias consagradas y en cada partícula de dichas Hostias.* Esta verdad dogmática no entra en la cabeza de los hombres orgullosos, que con su razón altanera se imaginan entenderlo todo y que no hay más allá de lo que ellos entienden; mas el sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento confunde su soberbia, diciendo: *No hay repugnancia alguna en que el mismo Salvador nuestro esté siempre sentado en los cielos á la diestra del Padre, según el modo natural de existir, y en que á la vez nos asista sacramentalmente con su presencia y en su propia substancia y en otros mismos lugares, con tal modo de existencia que, aunque apenas las podamos declarar con palabras, podemos, no obstante, alcanzar con nuestro pensamiento, ilustrado por la fe, que es posible á Dios, y debemos firmísimamente creerlo.—Por tanto, si alguno negare que en el venerable Sacramento de la Eucaristía se contiene Cristo todo en cada una de las especies, y divididas éstas, en cada una de las particulares de cualquiera de las dos, sea excomulgado.* (Trident., sess. 13, c. 1 y 3.)

4. Es decir, que la real presencia de Jesucristo en el Misterio eucarístico se multiplica sin disminuirse, y se halla su cuerpo adorable todo entero, en todas y cada una de las partes cuantitativas de la Eucaristía (1). Dondequiera que nuestros ojos dividan una partícula, por diminuta y microscópica que ella sea, allí están el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Señor. ¡Qué misterio tan consolador! ¡Qué grandeza tan pequeña! ¡Qué pequeñez tan grande! ¡Bien podemos decir aquí que se halla lo máximo en lo mínimo. Pero sigamos considerando esta divina trama, que aún nos restan que admirar prodigios mayores.

5. Hemos dicho, con el santo Concilio de Trento, que la inteligencia humana, teniendo presente la omnipotencia divina, concibe la posibilidad de la presencia simultánea de Cristo sacramentado en muchos lugares distintos. ¿En qué se funda esta posibilidad? Fúndase en que el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía no está en la forma ordinaria de los cuerpos, sino sacramentado; y con presencia sacramental puede estar en muchos lugares al mismo tiempo. Siendo de fe que, fraccionada la santa Hostia, Cristo todo entero se halla en cada una de sus partes, estas pueden llevarse á partes distantes, y en todas ellas está realmente el cuerpo del divino Salvador. Fúndase en que Dios puede hacer en los cuerpos modificaciones que perfeccionen su naturaleza y les pongan fuera del estado ordinario de dichos cuerpos (2); y como el de Jesucristo, después de la resurrección, no es un cuerpo ordinario, sino *glorioso*; su modo de existir participa más del de un espíritu que del de un cuerpo, y puede existir en el mundo á la manera que el alma

(1) Las palabras, *separatione facta*, que usa el santo Concilio, no quieren decir que Cristo no esté en cada parte de la Hostia consagrada, aun antes de dividirla, pues Santo Tomás, en la conclusión del a. 3, q. 76, aduce aquellas palabras de San Agustín: *Cada cual recibe á Cristo y está todo en cada parte, sin disminuirse por cada una de ellas, sino que se da íntegro en cada una.*—El P. Perrone, *De Eucharistia*, cap. III, n. 158, dice así: «Theologi passim docent, etiam ante factam separationem totum Christum contineri in singulis cujusque speciei partibus.»—La razón la da Santo Tomás, diciendo: «Manifestum est quod natura substantiae tota est sub qualibet parte dimensionum sub quibus continentur, sicut sub qualibet parte aeris est tota natura aeris, et sub qualibet parte panis est tota natura panis. Est ideo manifestum est, quod totus Christus est sub quolibet parte specierum panis, etiam hostia integra manente.» (P. III, q. 76, a. 3, *corpore.*)

(2) La relación entre un cuerpo y el lugar en que dicho cuerpo está colocado la encontramos en nuestro modo de concebir la substancia corpórea; no es fácil asegurar si la envuelve también en su naturaleza misma. Esta no la conocemos, y al querer examinarla nos hallamos sobre un terreno distinto; se presentan á nuestra consideración las cuestiones sobre las esencias de los cuerpos. Balmes: (*Filosof. fundam.*, lib. IX, cap. V, n. 27.)

en el cuerpo humano, *toda entera en todo el cuerpo y toda en cada una de las partes del mismo cuerpo.*

6. Por esta razón el Angel de las Escuelas, en su *Suma Teológica* (p. III, q. 76, a. 5), después de afirmar (1) que el Cuerpo de Cristo está en el Santísimo Sacramento *por modo de substancia, cuya naturaleza está toda en todo y toda en cada parte*, aborda la cuestión de frente, y dice: *El cuerpo del Salvador está en la Eucaristía, no como en un lugar, sino á manera de substancia.* Es decir, que Cristo está en el Sacramento de un modo mucho más elevado, y por eso añade el Santo (sent. 4, dist. 10, a. 3, c. I, ad 1) que la comparación de Cristo con las especies sacramentales, bajo las cuales está, no tiene semejanza con ninguna otra comparación natural.

«La idea de substancia corpórea—dice nuestro Balmes—indica un ser no inherente á otro para existir; su esencia no comprende el lugar en que la concebimos situada... Del mundo corpóreo conocemos su existencia, conocemos sus relaciones con nosotros, conocemos sus propiedades y sus leyes, en cuanto está sujeto á nuestra observación; pero á su íntima naturaleza no alcanzan nuestros sentidos, no llegan nuestros instrumentos.» (Balmes: *Filosof. fundam.*, lib. IX, cap. IV, n. 25, y cap. V, n. 27 y 30.)

7. De esta doctrina se deduce con evidencia que *un cuerpo real sacramentado puede existir, en cuanto á su substancia, en muchos lugares á la vez.* Una substancia, en su esencia, se halla en una pequeña extensión, lo mismo que en una grande. Por ejemplo: la substancia del aire se encuentra toda entera en un recinto de cuatro varas, de igual modo que en otro de cincuenta; la substancia humana está toda completa en un hombre gigante como en un enano; la substancia del vino contenido en un vaso está toda en todo el vaso, y toda en cada una de las gotas del vino del mismo vaso.

Pues bien; por modo semejante, cada parte de las santas especies, cuando ellas están separadas, contienen la substancia real y completa del Cuerpo de Jesucristo. ¿Se dirá, por ventura, que al comenzar á existir en el Sacramento es mediante una traslación local y abandonando el cielo? No, en manera alguna; pues El continúa sentado á la diestra del Padre, cautivando con su presencia á los ángeles y bienaventurados, al propio tiempo que reside en el sagrario. (S. Thom., p. 3, q. 75, a. 2.)

(1) Parte III, q. 76, a. 4.—De aquí se sigue que, como el Cuerpo de Cristo está en la sagrada Hostia por modo de substancia, ó sea todo en el todo, y todo en cada una de las partes, es necesario que la cantidad dimensiva del mismo cuerpo, que es inseparable de la substancia, exista allí de la misma manera.

Nótese bien; nosotros no decimos que el Cuerpo de Jesucristo se encuentre en cada una de las Hostias consagradas con las mismas dimensiones de su cantidad material y con su grandor como está en la gloria, sino únicamente afirmamos y creemos, como verdad de fe, que *su Cuerpo sacratísimo todo entero se encuentra en cada una de las Hostias consagradas, según su propia substancia*. Esto creemos, esto veneramos, y esto nos basta. Ni la filosofía, ni la razón pueden contradecirlo.

Pero dejando estas disquisiciones teológicas, porque en verdad nuestra fe de cristianos no las necesita, queremos ahora recrear nuestro espíritu considerando algunos fenómenos de *los hechos naturales* que ciertamente esclarecen la verdad católica, por la grande analogía que ofrecen con el *hecho sobrenatural* del Santísimo Sacramento.

§ II

INDÍCANSE ALGUNOS SÍMILES QUE ESCLARECEN LOS MISTERIOS EUCARÍSTICOS

8. El espejo.—**9.** El pensamiento y la palabra humana.—**10.** La palabra humana y la Eucaristía.—**11.** La palabra escrita y el telégrafo.—**12.** Resumen y conclusión.

Ya se comprende que todos *los hechos del orden natural*, por grandiosos y admirables que sean, distan infinitamente de la grandiosidad y excelsitud de la divina Eucaristía, y por lo mismo las realidades analógicas que ahora vamos á considerar ofrecen diferencias esenciales entre los dos términos de la comparación, al modo que acontece con todas las relaciones entre Dios y sus criaturas. Son, digámoslo así, simples emblemas que insinúan en nuestro espíritu las incomprensibles realidades de los misterios divinos (1). Hecha esta advertencia, ya podemos dar amplitud á nuestros pensamientos.

Viajando con una caravana el Ilmo. Sr. Sarmonas, Obispo de Gaza, en Palestina, preguntóle un turco cómo podía ser que el pan se transformase en el cuerpo y sangre de Jesucristo. El santo Obispo contestó diciendo que Dios, por medio de un milagro, podía hacer lo que obra todos los días en el orden natural.—¿Cuando usted nació—le dijo—era usted tan grande como ahora? Pues ¿quién

(1) Sobre la deficiencia de los símiles para probar el dogma de la Transubstanciación, véase Deharbe, volumen IV, pág. 260.

le ha hecho crecer así? ¿No es lo que usted ha comido, que se ha cambiado en la substancia de usted?—Pero ¿es posible—añadió el musulmán—que el mismo Cuerpo de Jesucristo se halle en todas vuestras iglesias?—Nada hay imposible á Dios—contestó el Obispo—y esta respuesta debe bastar; mas para probar á usted que esto no es imposible, rompa usted un espejo, y verá que la misma imagen se reproduce en todos los pedazos. Y ahora mismo, ¿no oye mis palabras todas enteras cada una de las personas que se hallan aquí reunidas? Explíqueme usted cómo se hace esto.» El sarraceno quedó confundido, y los cristianos que se hallaban presentes, edificados y confirmados en la fe.» (El P. Goret.) Ampliemos estas ideas, que son en gran manera fecundas.

8. EL ESPEJO.—Del emperador Carlos V, de gloriosa recordación, se refiere (1) que deseando tener siempre ante sus ojos, en su memoria y en su corazón, la imagen de Jesús crucificado, muriendo por su amor, y que todos cuantos entrasen en su regia estancia le vieran en cualquiera dirección que miraran, mandó poner en las paredes varios espejos con tal artificio, que siendo uno el Crucifijo, se vieran muchos. (¡Qué hermoso ejemplo para ser imitado por los príncipes y magnates de la tierra!) Pues cosa parecida acontece en el Sacramento del amor. El Emperador de cielos y tierra, deseando que su Hijo unigénito sea contemplado y adorado de todos los hombres, coloca varios altares en su propia casa, ó sea en los templos de todo el universo, y multiplica su real presencia en cada una de las Hostias consagradas, para mover nuestros corazones al amor y adoración de su divina Majestad. Y á la manera que en el espejo, viéndose en él una sola imagen, cuando se rompe se multiplica la visión y aparecen á nuestros ojos tantas imágenes cuantas son las partes rotas, de tal suerte que, dividiéndose el espejo, no se divide la imagen, sino que se reproduce en muchas, siendo tan perfectas imágenes las pequeñas después de dividido el espejo, como la grande antes de dividirse; así, aunque de un modo mucho más sublime, el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que está todo en toda la Hostia, se multiplica y está todo en cada una de las partículas de dicha Hostia, cuando ésta se fracciona.

9. EL PENSAMIENTO Y LA PALABRA HUMANA.—Pero no es éste el símbolo que suelen poner los Doctores, sino el del *pensamiento y la palabra humana*. «Yo—dice San Agustín—que hablo ahora con vos-

(1) Lireo, in *Marial*, fol. 349.

otros, he pensado antes lo que había de decir. Cuando lo pensé, mi pensamiento se hallaba íntegro y único dentro de mí; pero ahora aquel mi pensamiento único, vestido con mi palabra y como envuelto en ella, sin apartarse de mí, se reproduce todo entero en vuestro entendimiento; está en mí y está en vosotros; es mío y es vuestro; vosotros le habéis recibido y yo no lo he perdido (1).» ¿No veis la maravilla? Pues de semejante manera el Verbo del Padre, Jesucristo, que está todo en el cielo, sin salir de él, se halla todo en la tierra, todo en cada una de las Hostias consagradas, y todo en cada una de sus partes. ¿Dónde está la dificultad?

Está, diréis, en que un cuerpo no puede hallarse presente en dos lugares al mismo tiempo.—Falso; porque aquí no se trata de un cuerpo en estado puramente material, como los nuestros ahora, sino del cuerpo sacrosanto de Jesucristo en estado sacramental, con todas las dotes de un cuerpo glorioso, y por consiguiente, impasible é indivisible, ocultando su propia substancia bajo las especies de pan y vino (2).

Las consideraciones á que este símil de la palabra se prestan son las siguientes: Mi pensamiento, ó palabra interior se hallaba enteramente oculto en el santuario de mi alma, donde fué formado. En mi arbitrio estaba retenerle, sustentarle, gozar de su presencia y conservarle oculto como el secreto de mi vida. Pero á este pensamiento puedo, cuando así me plazca, hacerle sensible; puedo, digámoslo así, *encarnarle en un sonido*, manifestarle al exterior y extenderle en torno mío como una efusión de mi propio ser. Esta es la palabra.

Pues bien; dicho pensamiento, manifestado por la palabra, sale al exterior y pasa á mis oyentes y en cada uno de ellos reside íntegro, sin que por eso deje de permanecer en mi interior íntegramente. Esta es una bella imagen del Verbo encarnado; pues así

(1) Ego qui vobiscum loquor, cogitavi ante quid vobis dicerem. Quando cogitavi jam in corde meo, verbum erat. Quaero illi sonum, quaero quasi vehiculum, quae unde perveniat ad vos. Ecce auditis: quod est in corde meo, jam est in vestro: in meo est, et in vestro est. Et vos habere coepistis, et ego non perdi. (S. August., Serm. 2, in Pasch.)

(2) Ad cujus intelligentiam debemus intendere quod Corpus Christi non est sub Hostia naturaliter, sed sacramentaliter, et ideo non est ibi ut locatum in loco, nec sub dimensionibus propriis, sed sub dimensionibus quae prius fuerant; scilicet panis et vini. Et ideo cum substantia de se, in quantum substantia, locum non occupet, nec requirat sibi, in quantum est sub dimensionibus quantitatis, sequitur ex hoc, quod Corpus Christi, sub Sacramento non requirat nec occupet plus locum, vel de loco, quam dimensiones panis, sub quibus velantur, et tegitur, occupant, et requirunt. (S. Thom., Opusc. 59, cap. III.)

como el Verbo de Dios tomó carne, por la cual se nos hizo visible, así el verbo nuestro (ó sea el pensamiento), tomó un sonido por el cual es oído (1).

El pensamiento—dijo San Buenaventura—procede naturalmente del alma, es semejanza suya, y por eso á nuestras ideas suelen llamarlas *concepciones de nuestra mente*, á la manera que el Hijo procede del Padre y es semejante á Él.

El pensamiento se vincula ó une á la voz, y sin embargo no se convierte en voz, ni la voz quita que él quede permanente en el alma; y por modo parecido el Verbo divino se unió á la carne, pero no se convirtió en carne ni dejó por eso de permanecer todo entero en el seno del Padre celestial.

10. Extendamos ahora el símil al *Verbo eucarístico*, y encontraremos no menos bellas y admirables analogías. La palabra humana, como hemos dicho, es el pensamiento como encarnado en un sonido, al modo que el Verbo divino encarnó en el seno purísimo de la Virgen, participando una y otra encarnación, á la vez, de la materia y del espíritu.

La palabra se comunica íntegra á millares de oyentes, y cada uno la recibe entera, tal como sale de nuestros labios. Aunque dichos oyentes sean muchos—dijo San Agustín—no dividen entre sí mi discurso, de tal suerte que uno tome la primera parte, otro la segunda, ó que cada uno se apropie sólo algunas sílabas.—Uno solo lo entiende todo, muchos lo entienden todo, mi palabra no se divide. He aquí lo que tiene lugar en la sagrada Eucaristía. El Verbo divino, humanado y sacramentado, es uno, pero todos los que comulgan, y aunque sean millares de personas, todas le reciben íntegramente, sin que el Verbo se divida y unos tomen una parte y otros otra. Todo es para todos, y todo para cada una de ellos.

La palabra humana es como el alimento de las almas que la escuchan, porque no de sólo pan vive el hombre, y dicho alimento es á la vez espiritual y corporal. *Espiritual* en cuanto muestra el pensamiento de nuestro espíritu, y material en cuanto ella es encerrada en un sonido. No que sea semejante á los alimentos nutritivos que recibe nuestro cuerpo bajo especies y formas materiales, sino que el alma no desarrolla su inteligencia á no ser por las impresiones materiales que reciben los sentidos (2). Todo lo cual es un símbolo del *Verbo divino*, alimentando nuestras almas con la sagrada

(1) Sicut Verbum Dei assumpsit carnem, per quam videtur, sic verbum meum assumpsit sonum, per quod audiretur. (S. August., Serm. 2, in Pasch.)

(2) Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu.

Eucaristía; alimento *espiritual*, porque el espíritu con que se recibe y los efectos principales que causa no pertenecen al orden de la materia; y alimento *corporal*, porque realmente contiene la substancia verdadera del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

Nótese cuán significativo es lo que vamos diciendo para esclarecer con símiles de la naturaleza el hecho sobrenatural del Sacramento eucarístico. Pero aún restan mayores prodigios, que no queremos pasar en silencio.

11. LA PALABRA ESCRITA Y EL TELÉGRAFO —El pensamiento humano, expresado por la mediación de la palabra, ofrece el inconveniente de circunscribirse á un corto espacio, á un número reducido de oyentes, y á pasar con la velocidad del viento, que al punto desaparece; no así la escritura, pues ella es permanente y se extiende á las regiones más apartadas de la tierra; es, digámoslo así, *el pensamiento encarnado*, no en un sonido fugaz, no en un círculo reducido de personas, sino en papel, en pergamino, mármol ó bronce, mostrándose visible é inalterable á los ojos de todos, aun con más seguridad que la palabra hablada, pudiendo decirse de todo género de escritos, que es la palabra humana triunfando del espacio y del tiempo.

Ahora bien; el pensamiento escrito es una substancia real, que se transmite á todo el mundo bajo una variedad infinita de accidentes: *la forma, la materia, la cualidad, el tamaño, el color del papel ó de la tinta, la diversidad de idiomas...* ¡Cuántas diferencias! ¡Y el pensamiento es uno! Sean cuales fueren los accidentes, todos los hombres comprenden lo mismo... ¡Oh! ¿Quién no ve aquí un símbolo de la substancia eucarística, permaneciendo siempre la misma bajo accidentes muy variados?

¿Y qué diremos de esta invención moderna llamada *telégrafo eléctrico*? El telégrafo es una especie de escritura; es el pensamiento humano como encarnado en un signo, con la inmensa ventaja de ser transmitido á los puntos más distantes de nosotros, *instantánea é íntegramente*.

Apenas terminada la formación del signo, el pensamiento queda transmitido. La electricidad recorre en un segundo, próximamente, 80.000 leguas, y no hay imaginación que alcance á concebir tan asombrosa rapidez. Un hombre que tuviera en torno suyo cien mil hilos telegráficos, correspondientes á cien mil puntos del globo, comunicaría en el mismo instante su pensamiento á todos esos puntos, íntegra y exactamente. Si esto es *en lo natural* y en los cuerpos ordinarios, ¿quién podrá concebir los misterios eucarísticos del orden

sobrenatural y en el cuerpo glorioso de Cristo nuestro Señor? No se pueden ni se deben escudriñar con curiosidad los misterios de la Eucaristía; es preciso creerlos y afirmarlos con la fe, sin detenerse á más, porque *para Dios nada hay imposible* (Luc., I). Mas aparte de esto, ¿quién no considera que un cuerpo glorioso, unido á la divinidad, puede ser millares de veces más veloz que la electricidad y hallarse en un solo instante en todos los puntos del globo?

12. Queda, pues, suficientemente indicado cómo la razón natural, con sus lógicas deducciones, esparce luz vivísima sobre el dogma de la *Transubstanciación*. No se trata de comprender el misterio, sino de mostrar que aunque está sobre la razón, no se opone á ella, antes bien es altamente razonable. Las líneas generales que le determinan se encierran en una palabra: *transubstanciación*, la cual se realiza en fuerza de las palabras de la consagración, ó sea en virtud de la Omnipotencia divina, vinculada á las palabras sacramentales que la Iglesia pone en los labios del sacerdote.

Antes de la consagración hay el pan y vino que produjo la naturaleza; pero después la Carne y Sangre de Cristo que consagró la bendición (S. August., *De conservat.*, dist. 2, cap. *Nos autem*), quedando todo oculto bajo el velo de las especies sacramentales. Estas existen sin sujeto alguno á quien estén inherentes; pues aunque cubren el cuerpo sacratísimo de Jesús, no se hallan adheridas á él.

Jesucristo existe real y substancialmente en todas y cada una de las Hostias consagradas, sin dejar por eso de estar en el cielo; y está en todas y cada una de las partes de la Hostia, sin que sea al hombre dable comprender el cómo, porque ese es el secreto de Dios. La filosofía, la razón, los fenómenos de la naturaleza nos muestran la posibilidad del misterio; las analogías son admirables, el entendimiento humano le vislumbra.... pero, sobre todo, la fe lo enseña, la Iglesia lo propone y nuestro corazón le adora.

Cautive el hombre su entendimiento en obsequio de la palabra divina que dijo ESTE ES MI CUERPO; ESTA ES MI SANGRE; pues Jesucristo se oculta para que, sin ver, creamos, creyendo merezcamos, y con la fe le busquemos, y buscándole le hallemos, y hallándole le poseamos y gocemos por toda la eternidad.

¡Gloria á Dios en las alturas por su don inefable!